



Ursula K. Le Guin

LAVINIA

Lavinia crece sin conocer otra cosa que la paz y la libertad hasta la llegada de sus pretendientes. Su madre exige que contraiga matrimonio con el apuesto y ambicioso Turno. Pero los augurios y las profecías de los manantiales sagrados afirman que deberá casarse con un extranjero, que provocará una guerra y que su marido no vivirá demasiado tiempo. Al ver que una flota de barcos troyanos llega remontando el Tíber, la joven decide tomar las riendas de su propio destino. Y así nos cuenta lo que Virgilio no hizo: la historia de su vida y del amor de su vida.

Le Guin da voz a este personaje surgido de la Eneida de Virgilio en una novela que nos transporta al mundo semisalvaje de la Italia antigua, cuando Roma no era más que una aldea mugrienta situada cerca de siete colinas. Lavinia es un libro sobre la pasión, la guerra y el precio de la guerra, generosa y austeramente escrito por una autora en la cúspide de su talento.

*...la domum et tantas servabat filia sedes,
...n matura viro, iamplenis nubilis annis.
...ulti illam magno e Latio totaque petebant
...isonia...*

*...la sola hija, madura para un hombre,
...edad de contraer matrimonio, gobernaba
...gran casa. Muchos desde el ancho Lacio y
...toda Ausonia acudían para cortejarla...*

En mayo de mi decimonoveno año fui a las salinas de la desembocadura del río a buscar sal para el banquete sagrado. Tita y Maruna vinieron conmigo, y mi padre envió un viejo esclavo de la casa y a un muchacho con un burro para transportar la sal. Sólo hay unos pocos kilómetros hasta la costa, pero aprovechamos para hacer una pequeña acampada nocturna. Cargamos al pobre animalillo de comida y, al finalizar el día, montamos el campamento sobre una duna cubierta de hierba, frente a las playas del río y del mar. Los cinco cenamos alrededor del fuego, contando historias y cantando canciones mientras el sol se ponía sobre el mar y el crepúsculo de mayo se tornaba cada vez más azulado. Luego dormimos bajo la brisa marina.

Desperté con las primeras luces. Los demás seguían profundamente dormidos. Las aves apenas habían comenzado con sus coros matutinos. Me levanté y bajé hasta la desembocadura. Recogí un poco de agua y la dejé caer como ofrenda antes de beber mientras pronunciaba el nombre del río, Tíber, padre Tíber, así como sus nombres antiguos y secretos, Albu y Rumon. Luego bebí y me gustó el sabor un poco salado del agua. El cielo se había iluminado ya lo bastante como para ver las alargadas y rectas olas que se levantaban allí donde la corriente se encontraba con la marea.

Más allá, en el mar en penumbra, avisté unas naves, una hilera de grandes naves negras que, aproximándose desde el sur, viraban y ponían rumbo a la desembocadura. A cada lado de cada nave, una larga fila de remos se levantaba y batía las aguas al ritmo de un aleteo en la oscuridad.

Una tras otra, las naves arrostraron el oleaje de frente, subiendo y bajando; una tras otra, siguieron aproximándose en línea recta. Sus triples mascarones de proa, largos y arqueados, eran de bronce. Me acurruqué junto a las aguas, sobre el lodo salino. El primer barco penetró en el río y pasó a mi lado, oscuro sobre mí, impulsado sin descanso por el pesado y suave batir de los remos en el agua. Los rostros de los remeros estaban ocultos por las sombras, pero había un hombre en pie sobre la elevada popa de la nave, con la mirada al frente.

Su rostro era severo, pero franco. Observaba la oscuridad mientras rezaba. Sabía quién era.

Cuando al fin, con aquel suave y laborioso batir de los remos, hubo pasado a mi lado el último de los barcos y se perdió en los bosques que crecen tupidos a ambas orillas, los pájaros ya cantaban por todas partes y el cielo empezaba a iluminarse sobre las colinas del este. Regresé a nuestro campamento. No había nadie despierto; los barcos habían pasado a su lado mientras dormían. No les conté lo que había visto. Bajamos a las salinas y recogimos la materia viscosa y grisácea en cantidad suficiente para extraer la sal de todo un año, la cargamos en las canastas del burro y marchamos de regreso a casa. Esta vez no dejé que mis compañeros de viaje se demoraran, y aunque protestaron y holgazanearon un poco, estábamos allí bastante antes del mediodía.

Fui en busca del rey y le dije:

—Una gran flota de naves de guerra se ha adentrado en el río esta mañana, padre.

Me miró. Su rostro estaba triste.

—Qué pronto —fue su única respuesta.

Sé quién fui, y puedo decirte quién podría haber sido yo, pero ahora sólo estoy en esta línea de palabras que escribo. No estoy muy segura de la naturaleza de mi existencia y me asombra encontrarme escribiendo. Hablo latín, claro, pero ¿aprendí a escribirlo? No parece muy probable. Sin

duda existió alguien con mi nombre, Lavinia, pero podría haber sido tan diferente de la idea que yo misma tengo sobre mí, o de la idea de mi poeta sobre mí, que pensar en ella sólo me confunde. Hasta donde yo sé, fue mi poeta el que me otorgó realidad. Antes de él, sólo era la más nebulosa de las figuras, poco más que un nombre en una genealogía. Fue él quien me dio la vida, quien me dio a mí misma, y de este modo me capacitó para recordar mi vida y recordarme a mí. Y lo hago con viveza, con emociones y sentimientos que percibo con intensidad a medida que los pongo por escrito, puede que porque lo que recuerdo sólo cobra existencia a medida que lo escribo, o lo hiciera sólo a medida que lo escribía él.

Pero él no lo escribió. El menospreció mi vida en su poema. Me desatendió, porque sólo llegó a saber quién era cuando estaba agonizando. No se le puede culpar por ello. Era demasiado tarde para hacer modificaciones, para volver a pensarlo todo, para completar las líneas incompletas y perfeccionar una obra que él creía imperfecta. Es algo que lamentó, lo sé. Lo lamentó por mí. Puede que allí donde está ahora, allá abajo, en la otra orilla de los ríos oscuros, alguien le diga que Lavinia también lo lamentó por él.

No moriré. Estoy prácticamente segura de ello. Mi vida es demasiado fortuita como para desembocar en algo tan absoluto como la muerte. Carezco de la necesaria mortalidad real. Sin duda, me iré disolviendo hasta desaparecer y perderme en el olvido, como habría hecho ya hace mucho de no haberme invocado el poeta. Puede que me convierta en un falso sueño, adherido como un murciélago al reverso de las hojas del árbol que hay en la puerta del inframundo, o en una lechuza que revoloteará entre los oscuros robles de Albunea. Pero no tendré que arrancarme de la vida y descender a la oscuridad como lo hizo él, pobre desgraciado, primero en su imaginación y luego como fantasma. Cada uno de nosotros tiene que soportar la otra vida a su manera, me dijo en una ocasión, o al menos esto es lo que yo

entendí en sus palabras. Pero ese sombrío vagabundeo, allá en el inframundo, esperando al olvido o al renacer... Eso no es existir de verdad, no es ni la mitad de existencia que ésta que llevo ahora mientras escribo esto que estáis leyendo, y no es ni la mitad de veraz que sus palabras, las espléndidas y vívidas palabras en las que he vivido durante siglos.

Y, sin embargo, mi papel en todo ello, la vida que me dio en su poema, es tan aburrido —salvo en el momento en que se me prende el cabello—, tan monótono —salvo cuando mis mejillas de doncella enrojecen como el marfil pintado con tinte carmesí—, tan convencional, que ya no puedo seguir soportándolo. Si he de pervivir siglo tras siglo, al menos por una vez tendré que romper el silencio y hablar. El no me dejó decir una sola palabra, así que habré de arrebatársela. Me dio una vida larga, pero pequeña. Necesito espacio, necesito aire. Mi alma tiende los brazos hacia los antiguos bosques de mi Italia, hacia las colinas bañadas por el sol, hacia los vientos del cisne y del cuervo agorero. Mi madre estaba loca, pero yo no. Mi padre era viejo, pero yo era joven. Como la espartana Helena, provoqué una guerra. Ella lo hizo dejando que la tomaran los hombres que la deseaban. Yo, no dejándome dar ni dejándome tomar, sino eligiendo a mi hombre y mi destino. El hombre era famoso, pero el destino quedó en la oscuridad. No es mal balance.

Aun así, a veces creo que debo de estar muerta hace tiempo y que escribo este relato desde alguna región del inframundo cuya existencia desconocíamos, un lugar ilusorio en el que creemos estar vivos, en el que creemos estar envejeciendo y recordar lo que nos sucedió cuando éramos jóvenes, cuando vimos el enjambre de abejas y se me prendió fuego en el cabello, cuando llegaron los troyanos. Después de todo, ¿cómo es posible que habláramos unos con otros? Recuerdo a los extranjeros llegados desde el otro lado del mundo, remontando el Tíber en dirección a un país

del que no sabían nada. Su emisario llegó a la casa de mi padre, le explicó que era troyano y tuvo con él unas amables palabras en un fluido latín. ¿Cómo es posible? ¿Es que acaso conocemos todas las lenguas? Eso sólo les ocurre a los muertos, cuya tierra se encuentra más allá de todas las demás tierras. ¿Cómo podéis entenderme vosotros, si viví hace veinticinco o treinta siglos? ¿Acaso sabéis latín?

Pero entonces pienso que no, que no tiene nada que ver con estar muerta. No es la muerte lo que nos permite entendernos, sino la poesía.

Si me hubierais conocido cuando era una muchacha, en mi casa, tal vez habríais pensado que el sucinto retrato realizado por mi poeta, esbozado como con un alfiler de bronce sobre una tablilla de cera, era bastante atinado: una niña, la hija de un rey, una virgen en edad de casarse, casta, silenciosa, obediente, preparada para someterse a la voluntad de un hombre como un campo en primavera al arado.

Yo nunca he arado, pero me he pasado toda la vida viendo a nuestros granjeros: el gran buey blanco tirando en el yugo, el hombre que aferra las alargadas asas de madera, que se encabritan mientras trata de hundir la reja en un suelo que parece manso y dócil y en realidad está duro y cerrado. Emplea todas sus fuerzas para abrir un arañazo lo bastante profundo para contener la semilla de cebada. Se afana hasta que está jadeante y tembloroso de agotamiento y no desea más que tenderse en el surco y dormir sobre el pecho de su madre, entre las piedras. Yo nunca tuve que arar, pero también tuve madre. La tierra acoge al granjero en sus brazos y lo lleva a un sueño que está más hondo que la semilla de cebada, pero mi madre no guardaba abrazos para mí.

Yo era silenciosa y mansa porque si hablaba, si demostraba mi voluntad, ella me recordaba que no era uno de mis hermanos y eso me hacía sufrir. Tenía seis años cuando murieron el pequeño Latino y el bebé, Lauren. Habían sido mis queridos muñequitos. Jugaba con ellos, los adoraba. Mi madre, Amata, nos observaba con una sonrisa en los labios mientras el huso subía y bajaba entre sus dedos. No nos dejaba con la niñera, Vestina, ni con las demás mujeres, como podría haber hecho una reina, sino que pasaba todo el día con nosotros por amor. A menudo nos cantaba mientras jugábamos. A veces dejaba de tejer y se ponía en pie

de un salto, nos cogía a Latino y a mí de las manos y bailábamos riendo. «Mis guerreros» llamaba a los niños, y yo pensaba que también se refería a mí, porque se alegraba muchísimo al decirlo y su felicidad era la nuestra.

Caímos enfermos: primero el bebé, luego Latino, con su cara redonda, sus grandes orejas y sus ojos claros, y luego yo. Recuerdo los extraños sueños de la fiebre. Mi abuelo, el pájaro carpintero, volaba hasta mí, me picoteaba en la cabeza y yo lloraba de dolor. Al cabo de un mes, más o menos, mejoré y me recuperé, pero la fiebre de los niños no hacía más que remitir y regresar, remitir y regresar. Estaban cada vez más consumidos, pero entonces pareció que iban a recuperarse. Lauren succionaba con avidez los pechos de mi madre y Latino abandonó la cama para jugar conmigo. Al poco tiempo, la fiebre regresó y se los llevó. Una tarde, a Latino le dieron convulsiones. La fiebre era como un perro que zarandea una rata hasta matarla, y lo zarandea a él hasta matarlo, al príncipe heredero, a la esperanza del Lacio, a mi compañero de juegos, a mi querido hermano. Aquella noche, el bebé se durmió plácidamente. Tenía la fiebre baja. A la mañana siguiente expiró entre mis brazos con un jadeo y un estremecimiento, como un gatito. Y mi madre enloqueció de tristeza.

Mi padre nunca entendió que se había vuelto loca.

Sentía una amarga pena por sus hijos. Era un hombre de buenos sentimientos y los niños habían sido, como para todos los hombres, su promesa de posteridad. Lloró por ellos, primero en voz alta, y luego, durante largo tiempo, en silencio, años y años. Pero al menos tenía el solaz de sus deberes como rey, y los ritos que debía realizar, el consuelo de los rituales repetidos, el consuelo de los espíritus ancestrales de su casa. Y también me tenía a mí, porque yo realizaba los ritos con él, como buena hija de rey. Y además me amaba profundamente, como primera hija suya, como su hija tardía. Pues era mucho mayor que mi madre.

Amata tenía dieciocho años cuando se casaron y él cuarenta. Era una princesa de los rutulianos de Ardea y él era el rey de todo el Lacio. Ella era hermosa, apasionada y joven; él, un hombre en la cúspide de sus facultades, bello y fuerte, un guerrero victorioso que amaba la paz. Fue un enlace que podría haber dado grandes frutos.

No la culpó por la muerte de los niños. No me culpó a mí por no haber muerto. Aceptó la pérdida y depositó sobre mí las esperanzas que aún le quedaban a su corazón. Siguió adelante, más cano y amargado cada año, pero nunca cruel y nunca débil, salvo en una cosa: dejaba que mi madre hiciera su voluntad, apartaba la mirada cuando ella actuaba como una caprichosa y guardaba silencio cuando hablaba como una loca.

Para la atroz pena de Amata no había respuesta humana. No le quedaba más que un marido que no podía entenderla ni hablar con ella, una hija de seis años que sólo sabía llorar y un montón de mujeres miserables y aterrorizadas que tenían miedo, como siempre les ocurre a los criados y a los esclavos, de que se las culpara por la muerte de los niños.

Para él sólo tenía desprecio; para mí, rabia.

Recuerdo cada una de las veces que toqué la mano o el cuerpo de mi madre, o que ella tocó el mío, después de la muerte de mis hermanos. No volvió a dormir en la cama donde mi padre y ella nos habían concebido.

Tras pasar varios años sin salir de su cuarto, reapareció sin muchos cambios aparentes, aún espléndida, con su brillante cabello negro, su rostro de color crema y su porte orgulloso. Su comportamiento en sociedad siempre había sido un poco distante y altanero; desempeñaba el papel de reina entre plebeyos y a mí me maravillaba lo diferente que era con los hombres que abarrotaban la casa del rey que con nosotros, sus hijos, con quienes tejía, cantaba, reía y bailaba. Con la gente de la casa, sus maneras siempre habían sido autoritarias, severas y coléricas, pero ellos la que-

rían porque sabían que no albergaba mal alguno. Ahora se mostraba casi siempre fría con todos, calmada. Pero cuando yo hablaba, o cuando lo hacía mi padre, a menudo veía el espasmo de la aversión en su cara, la furia desolada y desdeñosa justo antes de que apartara la mirada.

Llevaba al cuello las *bullas* de los niños, las bolsitas con el pequeño falo de arcilla en su interior, amuletos de protección y buena suerte. Las ocultaba en cápsulas de oro, escondidas debajo de la ropa. Nunca se las quitaba.

La furia que ocultaba en sociedad solía brotar en el ala femenina de la casa bajo la forma de una irritación feroz dirigida hacia mí. El mote cariñoso por el que mucha gente se dirigía a mí, «pequeña reina», la fastidiaba especialmente, así que no tardó mucho tiempo en desaparecer. No me hablaba con frecuencia, pero cuando hacía algo que la molestaba, se volvía hacia mí de repente y me decía con voz dura y monótona que era tonta, fea y estúpidamente tímida.

—Me tienes miedo. Odio a los cobardes —solía decir.

A veces, mi mera presencia la hacía enfurecer. Me pegaba o me zarandeaba hasta que la cabeza se me movía violentamente de adelante atrás. En una ocasión, la rabia la llevó a arañarme la cara. Vestina me la quitó de encima, se la llevó a su cuarto y la tranquilizó, antes de volver corriendo para lavarme los largos y sanguinolentos arañazos que me recorrían las mejillas. Yo estaba demasiado aturdida como para llorar, pero Vestina lo hizo por mí mientras me aplicaba un bálsamo sobre las heridas.

—No dejarán marca —me dijo entre lágrimas—. Estoy segura de que no dejarán marca.

La voz de mi madre llegó calmada desde su habitación, donde aún seguía tendida.

—Bien.

Vestina me dijo que les contara a todos que me había arañado un gato. Cuando me vio mi padre y exigió saber qué había pasado, le dije:

—Me ha arañado el viejo gato de Silvia. Lo tenía en brazos cuando ha entrado un perro y se ha asustado. No ha sido culpa suya.

Casi llegué a creerme yo misma la historia, como hacen los niños, y la adorné con toda clase de detalles y circunstancias, como por ejemplo que me encontraba sola cuando ocurrió, en el robledal que había junto a la granja de Tirro, y recorrí corriendo todo el camino hasta la casa. Repetí que no era culpa de Silvia ni del gato. No quería que les pasara nada a ninguno de ellos. Los reyes son rápidos en el castigo. Es algo que alivia su ansiedad. Silvia era mi mejor amiga y mi compañera de juegos y la vieja gata de la granja tenía una camada de gatitos que se morirían sin ella. Así que los arañazos tenían que ser culpa mía. Y Vestina tenía razón: el bálsamo de consuelda era muy bueno. A las alargadas estrías rojas les salió primero una costra y finalmente terminaron por curarse sin dejar tras de sí más que una fina y plateada línea en el pómulo izquierdo, debajo del ojo. Llega un día en que Eneas la recorre con el dedo y me pregunta qué es.

—Me arañó una gata —le digo—. La tenía en brazos y un perro la asustó.

Sé que habrá reyes mucho más grandes, de reinos mucho más grandes, que Latino del Lacio, mi padre. Río arriba, en las siete colinas, había dos plazas fortificadas con paredes de adobe, Janiculum y Saturnia. Luego llegaron unos colonos griegos, reconstruyeron el asentamiento de la ladera y bautizaron como Pallanteum a este pueblo y su fuerte. Mi poeta trató de describirme el lugar, pues lo conoció estando vivo, o lo conocerá cuando viva, debería decir, puesto que, aunque estaba muriendo cuando estuvimos juntos, y ya lleva mucho tiempo muerto, aún no ha nacido. Aún no me ha olvidado, pero lo hará cuando al fin le llegue la hora de nacer, tras cruzar a nado las aguas lechosas. Cuando me imagine por primera vez no sabrá que va a conocerme en el bosque de Albunea. En cualquier caso, me contó que, en un tiempo futuro, el lugar que ocupa ahora la aldea, las siete colinas y los valles que las separan y las orillas de todos los ríos, estarán cubiertos a lo largo de varios kilómetros por una ciudad imposible de imaginar. En las colinas habrá templos de mármol recubierto de oro espléndido, amplios portones e innumerables estatuas de mármol y bronce. Más gente pasará por el foro de esa ciudad en un solo día, me dijo, de la que veré yo en todas las aldeas y granjas, en todos los caminos, en todos los festivales y todos los campos de batalla del Lacio durante toda mi vida. El rey de esa ciudad será el monarca más grande del mundo, tan grande, de hecho, que desdeñará el nombre de rey y sólo querrá ser conocido como un ser engrandecido por el poder sagrado, el augusto. Todos los pueblos de la tierra se inclinarán ante él y le llevarán tributos. Yo lo creo, pues sé que mi poeta siempre dice la verdad, aunque no necesariamente toda. Ni siquiera un poeta puede decir toda la verdad.

Pero en mi juventud, su gran ciudad no era más que un pequeño y tosco pueblecillo levantado sobre la ladera de una colina rocosa repleta de cuevas y tapizada de densa maleza. Una vez la visité con mi padre, tras un día de navegación por el río con viento del oeste. Su rey, Evandro, un aliado nuestro, era un exiliado griego que también tuvo dificultades en nuestra tierra, pues había matado a un invitado. Razones para hacerlo no le faltaban, pero nuestro pueblo no olvida esa clase de cosas. Agradecido a la ayuda de mi padre, hizo cuanto estuvo en su mano para comportarse como un buen anfitrión, pero vivía más humildemente que nuestros campesinos acaudalados. Pallanteum era una empalizada oscura, encajonada bajo unos árboles, entre el amplio y amarillento río y las colinas boscosas. Nos ofrecieron un banquete, claro está, a base de carnes de ternera y de venado, pero servidas de una manera extraña: tuvimos que sentarnos en unos bancos a pequeñas mesas, en lugar de reunirnos todos alrededor de una más alargada. Así comían los griegos. Y no tenían el pan y la sal sagrados en la mesa. Eso me preocupó durante todo el banquete.

El hijo de Evandro, Pallas, un agradable muchacho que tenía más o menos mi edad, once o doce años por entonces, me contó una historia sobre un enorme hombre animal que vivía en las cuevas y salía al anochecer para robar ganado y despedazar a la gente. Sólo se dejaba ver en raras ocasiones, pero sus huellas eran muy grandes. Un héroe griego llamado Ereles vino y acabó con su vida. ¿Cómo se llamaba?, pregunté, y Pallas me dijo que Cacus. Yo sabía que eso significaba «señor del fuego», es decir, el jefe de un asentamiento tribal que mantenía viva a Vesta para su pueblo con la ayuda de sus hijas, como hacía mi padre. Pero no quería contradecir la historia de los griegos sobre un hombre bestia, que era más emocionante que la mía.

Pallas me preguntó si me gustaría ver el cubil de una loba y, cuando le dije que sí, me llevó a una cueva llamada la Lupercal, bastante cerca del pueblo. Estaba consagrada a